



CASTILLO BALDREAGAN

Tierras Altas del Oeste, 1325

QUE EL DIABLO SE LLEVE TUS GEMIDOS COMPASIVOS y tus movimientos de cabeza. —Munro Macpherson, un terrateniente de las Tierras Altas, apretó los puños y le lanzó una fulminante mirada a Morag, la partera. Se negaba a observar al espectro que yacía sobre la cama y dirigía su furia sobre la anciana cuyas manos estaban empapadas de sangre—. Ni se te ocurra decirme que ella se está muriendo. Nooo, ¡no quiero oírlo!

Dio dos pasos hacia delante y, tras recibir una mirada de pena de la partera, dio un paso más. La misma mirada que le había dirigido cuando él había irrumpido en la sala de partos.

Una mirada más elocuente que las palabras.

Decía cosas que él no quería aceptar.

La observó temblando, esforzándose por ignorar la simpatía que despertaba el arrugado y envejecido rostro de la mujer.

—¡Eres tú, y no otra persona, quien va a encontrarse con su creador esta noche si no le devuelves el vigor a mi esposa!

—Es la voluntad de Dios, señor —exhaló Morag, persignándose.

—¡Entonces, suplica a los viejos dioses! —gritó Munro, torciendo la boca—. ¡Todos en estas colinas saben que haces muy buenas migas con ellos!

La anciana mujer apretó los labios y se untó más aceite de hierbas en las manos.

—Usted vio con sus propios ojos el pedazo de hierro frío que puse en su cama. Y también le conté que el agua que mi sobrina está usando para enjuagar el sudor de la frente de su señora viene del pozo de Santa Brígida.

—¡Entonces, usa la brujería! —dijo Munro con firmeza—. ¡Intenta cualquier cosa!

Dirigió su mirada punzante a la tímida sobrina de Morag, que agarraba un trapo goteante entre sus dedos. Un azote de hirviente ira lo envolvió al ver que una diminuta y pálida muchachita vivía y respiraba mientras su mujer, tan exuberante, hermosa y, hasta la víspera, tan viva, estaba acostada agonizando.

Consumida por la fiebre, había ya perdido el sentido.

Incapaz de soportarlo, Munro dio media vuelta para alejarse de las dos mujeres; su vida era una sombra patética. Todo lo que quedaba de su esposa eran unos quejidos incoherentes y su glorioso cabello extendido sobre las sábanas sucias. La magnífica cascada de bronce rizado era ahora un enredo de hebras sin brillo. De la misma manera que su piel cremosa con matices de rosa, la piel que fue siempre su orgullo, había ya perdido su color.

Demacrada y desgastada, ni siquiera se retorció cuando la sacudieron las contracciones del parto. Ella sólo yacía; sus ojos cerrados y el brillo ceroso de la muerte señalando su destino.

Su destino y la fatalidad de Munro.

Completamente consciente de su falta de habilidad para hacer cualquier cosa que pudiera remediar la situación, el hombre permaneció plantado ante la ventana abierta, frunciéndole el ceño a la deprimente noche de otoño. Lágrimas calientes rodaban por sus mejillas, pero Munro luchaba contra ellas, inhalando una gran bocanada de frío y húmedo aire.

Contemplaba la oscuridad enjuagada por la lluvia y el furioso resplandor del rayo en la distancia, sintiéndose impotente. Pequeño e inepto. Ya no se sentía como el hombre alto y corpulento que había recorrido a zancadas, audazmente, las colinas, sino como aquel insignificante y cobarde villano que debe caer de rodillas para rogar por su vida, pues ésa es la única salida que le queda.

Se le heló la sangre en las venas. Se puso tan tenso que pensó que se rompería en miles de pedazos tan diminutos que no se podrían volver a juntar.

Con los labios apretados, mantuvo la mirada fija en la oscuridad de las colinas, sus manos rodeaban el cinturón de su espada.

—Escúchame, Morag —dijo con el tono más humilde que pudo asumir—, a pesar de mi mal genio y mis insultos, amo a mi esposa. No podría soportar perderla.

Después de haber dicho aquellas palabras, dio la vuelta con un nudo en la garganta y vio a la anciana que miraba detenidamente debajo de la ensangrentada falda de su esposa mientras fruncía el ceño con preocupación.

Munro tragó saliva y apretó los dedos alrededor del cinturón.

—Dime cuál es tu precio, cuánto pides por salvarla. Lo que sea. Con gusto estaría en deuda contigo durante toda mi vida.

La partera sólo sacudió la cabeza una vez más.

—El bebé es demasiado grande —dijo, abriendo los muslos de su señora—. Y ya ha perdido mucha sangre.

—¿Qué significa eso? —El mal genio de Munro resurgió y sus ojos empezaron a hincharse—. Dime la verdad, ¡si no quieres que os arroje a ti y a tu sobrina llorona por la ventana!

—Su esposa morirá, señor —respondió Morag—, pero hay una posibilidad de que el niño sobreviva. Su cabeza ya está saliendo y tiene hombros fuertes. Siéntase agradecido...

—¿Agradecido? —Munro levantó la falda ensangrentada de su esposa con violencia, justo en el momento en el que un pequeño hombrecito de pelo de cobre se deslizaba por entre los muslos de su mujer.

—¿Agradecido por un décimo hijo? —gruñó, señalando al bebé que lloraba—. ¿Por el niño que ha matado a mi Iona?

—Es su hijo, señor. —Morag arrulló al niño contra su pecho, abriendo sus torcidos dedos alrededor de la brillante, pegajosa y empapada espalda de la criatura—. Y se trata de un magnífico y fornido chaval. Le hará olvidar. Con el tiempo...

—Nunca voy a olvidar esto —juró Munro, observando la horrible capa vidriosa que ahora cubría los ojos ausentes de su mujer—. Yo no necesitaba una décima boca que alimentar. ¡Yo ni siquiera lo quería a él! Nueve hijos sanos son suficientes para cualquier hombre.

—Señor, por favor... —La partera le entregó el bebé a su sobrina y se apresuró hacia Munro cuando lo vio avanzar en dirección a la puerta.

—Debe, por lo menos, darle un nombre.

—¡No debo hacer nada de eso! —Munro se dio la vuelta; la hubiera golpeado si Morag no hubiera sido tan

vieja y tan encorvada—. Pero si lo que quieres es un nombre, llama al muchacho Jamie... ¡James del Arbusto!

La partera parpadeó.

—¿*Del Arbusto*?

—Eso he dicho —confirmó Munro, mientras atravesaba el umbral de la puerta—. Fue allí, bajo un arbusto, donde fue concebido en un momento del que siempre me arrepentiré. Y es allí adonde volverá cuando le llegue la hora de descansar bajo la tierra. En Baldreagan no hay sitio para él.